

es la supresion de los derechos de Dios. Y nos da la razon de tan alta censura : «Y es que la voluntad del pueblo soberano ha sustituido á la voluntad de Dios soberano; es que el derecho puramente natural hace abstraccion del derecho católico. La Iglesia habia sido reconocida siempre como órgano de Dios, lo mismo respecto de las sociedades que respecto de los individuos, al paso que la Revolucion rechaza formalmente la alta direccion que corresponde á la Iglesia (1).

¡ Despues de esto, hay quien se atreve á decir que la religion católica es la religion de la libertad! ¿No tenemos razon de quejarnos de hipocresía y de fraude? ¿No tenemos razon al dar la voz de alarma contra los nuevos oscurantistas, que quisieran resucitar el despotismo absoluto, ilimitado, de la Iglesia bajo el nombre de libertad, despotismo que absorbería tanto á las naciones como á los individuos, para humillar ante un ídolo á la humanidad entera? Nosotros decimos á las naciones y á los individuos : «Desconfiad de esos lobos cubiertos con piel de cordero; si alguna vez llegasen á ser los amos, arrojarían su engañosa piel y recobrarían su naturaleza de lobo. Si amais la libertad, combatid á todo trance á una Iglesia que es enemiga mortal de la libertad, y desconfiad de los defensores de la Iglesia que tienen siempre en los labios la palabra libertad! Esos son los más peligrosos; á ménos de creer que no comprenden lo que dicen, preciso es decir que se valen de fraudes piadosos; piadosos ó no, el fraude es un engaño. No escuchéis á los que engañan, si no queréis ser engañados.»

(1) MONSEÑOR DE SÉGUR, *La Revolucion*, § 11.

CAPITULO III.

LA FILOSOFÍA.

§ I. — Consideraciones generales.

N.º 1. — Los filósofos y la Revolucion.

¿Son los filósofos los precursores de la Revolucion, y en qué sentido lo son? Cuando los católicos dicen que la Revolucion procede de la filosofía, es para maldecir á la madre y á la hija, al libre pensamiento y á la libertad civil y política. Los reaccionarios se unen á los católicos y acusan á los libres pensadores de haber engendrado todos los horrores de 1793: identifican á Rousseau y á Robespierre, á Danton y á Voltaire; hasta el *Père Duchêne*, hasta las orgías de 1793 y 1794, los relacionan con los escritos religiosos de la escuela de d'Holbach. Esto es transformar á los filósofos en fautores y cómplices de los crímenes que mancharon á la Revolucion. Nosotros creemos tambien que la Revolucion procede de la filosofía. Pero rechazamos con todas nuestras fuerzas esa nueva alteracion de la historia, que presenta á los libres pensadores del siglo XVIII como bandidos que merecian estar en presidio. Sí: el pensamiento gobierna al mundo; pero el libre pensamiento no predica nunca el crimen. El crimen no se predica casi nunca; cuando en las revoluciones se cometen excesos, no son los filósofos los que los inspiran, son una reaccion de las malas pasiones del hombre contra otras malas pasiones. ¿Quién ha producido los canibales cuyos crímenes deshonorarian á la Revolucion, si ésta hubiera de sufrir la responsabilidad de la sangre inocente

derramada en su nombre? No es la Revolucion; eran ya hombres hechos cuando estalló la insurreccion de 1789. Luego el antiguo régimen fué el que los produjo y los corrompió. Sí: hay que tener en cuenta la corrupcion del corazon; pero ¿quién es el responsable? ¿No será aquel régimen que tanto echan de ménos nuestros abates, en el que las mujeres públicas se sentaban en el trono de los reyes cristianísimos? ¿Era el Parque de los ciervos una escuela de buenas costumbres? ¿Y qué hacía la Iglesia para moralizar á las poblaciones? Cuando sus jefes se prostituian ante las prostitutas reales, cuando gastaban en el lujo y en el desórden lo que tenian el atrevimiento de llamar el patrimonio de los pobres, ¿daban lecciones de moral á su rebaño? La Iglesia y el trono se proclamaban solidarios en todas ocasiones. Era la solidaridad de la inmoralidad y de la hipocresía.

Otro crimen puede echarse en cara al poder real y á la Iglesia. Las clases inferiores se hallaban todavía en 1789 en un estado de ignorancia y supersticion que favorecia todos los excesos, así los excesos de la demagogia de París como los excesos católicos y realistas de la Vendée. ¿A quién debe culparse de aquel embrutecimiento? La Iglesia pretende que ella sola tiene la mision de enseñar; ésta es una de las libertades que reclama con más vivacidad. ¿Lo hace en obsequio al desenvolvimiento intelectual? La historia responde á nuestra pregunta. Durante diez y ocho siglos la Iglesia ha sido casi dueña absoluta de la instruccion pública. Aprovechó la libertad que tenía de enseñar para no enseñar, y se limitó á llenar de supersticiones á los pueblos. ¿Habrá necesidad de preguntar qué hizo el poder real en pro de la educacion popular? ¿Ha pensado en ello alguna vez? Cuando las clases dominantes olvidan el deber que Dios les impone, la expiacion es inevitable. La Revolucion fué el día de la retribucion. ¡Sirva esto de leccion al siglo XIX! Una nueva revolucion, más radical, más subversiva que la de 1789 y 1793 estuvo á punto, en 1848, de conmover la sociedad en sus eternas bases. El movimiento ha sido reprimido. Pero las fechas de 1848, 1793, 1789, deberian recordar incensantemente á las clases superiores que Dios les da el poder y la riqueza para que lo usen en favor del pueblo. ¡Ay de ellas si lo olvidan!

¿Habrá necesidad de preguntar si los filósofos tuvieron alguna responsabilidad en los excesos de la Revolucion? La han predicho. Rousseau escribió en su *Emilio*, destinado á las clases superiores mucho más que al pueblo: «Nos acercamos al estado de crisis y al siglo de las revoluciones» (1). Conocida es la predicacion de aquel Juan Bautista de 1789: queria volver al estado de naturaleza á una sociedad que no tenía de la civilizacion más que los vicios. Si su voz hubiera sido escuchada, la Revolucion se hubiera hecho; pero seguramente no se hubiera visto manchada por los crímenes de 1792. Tambien Voltaire predijo la Revolucion. En 1764 escribe: «Todo lo que veo arroja las semillas de una revolucion que infaliblemente sobrevendrá y que no tendré el gusto de presenciar. Los franceses tardan más ó ménos, pero por fin lo hacen. La luz se ha propagado poco á poco de tal modo, que cualquier día tendrá lugar un estallido, y no será pequeña algaraza la que se arme entónces. Felices los jóvenes, que tendrán ocasion de ver grandes cosas» (2). Voltaire no sospechaba lo que habia de ser la Revolucion, cuando se lamentaba de no ser testigo de ella. La Revolucion que él esperaba, la que provocaba y preparaba con todas sus fuerzas, era una revolucion intelectual, la emancipacion de los espíritus del yugo de la supersticion. Escribe á d'Alembert: «El mundo adelanta notablemente. Por todas partes se anuncia una gran revolucion en los espíritus. No creeriais los progresos que ha hecho la razon en parte de la Alemania. No hablo de los impíos que abrazan francamente el sistema de Espinosa: hablo de los hombres de bien que no tienen principios fijos acerca de la naturaleza de las cosas, que no saben lo que es, pero que saben muy bien lo que no es; éstos son mis verdaderos filósofos» (3). «¿No podriais decirme, escribe Voltaire en 1766, lo que producirá dentro de treinta años la revolucion que tiene lugar en los espíritus desde Nápoles hasta

(1) ROUSSEAU, *Emilio*, lib. III.

(2) VOLTAIRE, *Carta del 2 Abril de 1764 al marqués de Chauvelin* (*Obras*, tomo LII, p. 323, edición Renouard).

(3) IDEM, *Carta á d'Alembert*, de 26 de Marzo de 1765 (*Obras*, t. LXII, página 332).

Moscou? No me refiero á los espíritus de la Sorbona ó de las plazuelas, sino á los hombres de bien» (1).

Como se ve, no es una revolución en las calles lo que Voltaire predice y desea, no es una revolución que lleve al poder á las clases inferiores é incultas de la sociedad. Si algo se puede censurar en él es el no haber sentido simpatía hácia los desheredados de este mundo. No tenía gran confianza en los *espíritus de plazuela*. Cuando habla de la revolución intelectual que se prepara, se refiere á los *hombres de bien*, á las clases superiores. Lo que principalmente le interesa es ver que los reyes se hacen filósofos. Escribe á Helvetius: «¿No veis que todo el Norte está por nosotros, y que pronto ó tarde todos esos fanáticos del Mediodía tienen que ser confundidos? La emperatriz de Rusia, el rey de Polonia, el rey de Prusia, vencedores de la supersticiosa Austria, y otros príncipes enarbolan el estandarte de la tolerancia y de la filosofía. En doce años ha tenido lugar en los espíritus una revolución que se manifiesta sensiblemente» (2). Si Voltaire hubiera tenido el poder de disponer á su manera los acontecimientos, hubiera creado un príncipe filósofo á la manera de Federico II, pero más afecto que el héroe prusiano á los grandes intereses de la humanidad. ¡Singular revolucionario que espera la revolución de la iniciativa de un rey legislador!

Hubo entre los filósofos hombres más arrebatados que Voltaire. Á medida que se va acercando el año 1789, el espíritu de insurrección va ganando fuerzas. La escuela del baron d'Holbach predica claramente las doctrinas revolucionarias: «Los reyes han sido hechos para los pueblos, y no los pueblos para los reyes. Una nación tiene, pues, el derecho de revocar, anular, aumentar ó limitar todos los poderes que ha dado: cuando combate á un tirano, combate con un furioso, se defiende de sus golpes; no es ella la que se rebela, sino el tirano... Un pueblo puede no solamente resistir al tirano que lo ultraja y trabaja en su ruina, sino que puede tratarlo como enemigo, si ha violado las leyes: ¿con

(1) VOLTAIRE, *Carta á d'Alembert*, de 15 de Octubre de 1776 (*Obras*, t. LXII, página 397).

(2) IDEM, *Carta de 26 de Junio de 1765 á Helvecio* (*Obras*, t. LIII, página 131).

qué derecho reclamaria la protección de estas mismas leyes?» Hé aquí las voces de cólera que anuncian la tempestad de 1792: el baron alemán usa el mismo lenguaje que Robespierre en el proceso de Luis XVI. Responde de antemano á las recriminaciones y á las acusaciones: los verdaderos culpables, dice, no son los que se rebelan, sino los reyes. Las rebeliones de los pueblos son siempre efecto de la opresión y de la tiranía. «La injusticia de los soberanos rompe los vínculos de la sociedad; su licencia invita á los pueblos á la licencia; sus atentados provocan otros atentados, ú obligan á las naciones á castigarlos y á hacerse justicia por sí mismas. Locke nos dice que una larga serie de opresiones, de abusos, de negligencias, de injusticias, de prevaricaciones, dan á conocer bastante á cada ciudadano razonable el estado de su país; y si en aquel momento la nación llega á manifestar su voluntad, sabrá que no debe ponerse del lado de los *bandidos* y de los *piratas*» (1).

Estas explosiones de cólera no deben tomarse al pié de la letra: se dirigen á los opresores más que á los oprimidos. Los filósofos hubieran querido convertir á los príncipes: en ellos seguían poniendo sus esperanzas. Se lee en una obra de la escuela de d'Holbach: «¿No conseguiria un soberano conciliar la mayor gloria posible con su mayor interés, si renunciase de véras al ejercicio de un despotismo que lo mismo perjudica á la seguridad del señor que á la del esclavo? Sacrificar el poder absoluto, el derecho absurdo de hacer el mal, ¿no es cubrirse de una gloria sólida y verdadera?» Hé aquí unas ilusiones muy singulares para un revolucionario. Sin embargo, el filósofo insiste en ellas: «Tenga, pues, el hombre la esperanza de que el progreso de las luces, abriendo un día los ojos de su soberano, le hará distinguir el verdadero poder, la grandeza real, de lo que no es más que aparente... ¡Con cuánta prontitud y buen resultado un monarca que comprendiese sus intereses llegaria á ser el restaurador de su Estado, las delicias de su pueblo, el modelo de los soberanos, el verdadero héroe, la admiración de la posteridad! ¿Hay una política comparable á la

(1) D'HOLBACH, *El Sistema social*, 2.ª parte, c. v.

de un príncipe que trabajase sin descanso en su propia felicidad, trabajando diariamente en la de todos sus súbditos?» (1).

De suerte, que d'Holbach, lo mismo que Voltaire, pide que la revolucion se haga por arriba. Los filósofos no son nunca demócratas más que en teoría. Hombres de pensamiento, la violencia les asusta; conocen instintivamente que en aquellas horribles convulsiones no se escuchará ya la voz de la razon; aún cuando no fuera más que por ambicion, deben preferir los progresos que se realizan por medio de la razon. Acabamos de oír cómo el baron d'Holbach profetiza en apariencia la ejecucion de Luis XVI. En realidad era profeta sin saberlo. En la misma obra en que dice que se debe tratar á los reyes como enemigos, se lee: «¿Qué efectos verdaderamente útiles han resultado en un gran número de países, de tantas guerras civiles, de tantas revueltas, de tantos reyes destronados, expulsados, asesinados? ¿Ha cambiado por esto la suerte de los pueblos? ¿Son por eso más libres, más felices? Esas sangrientas tragedias, tantas veces repetidas en el Asia, ¿han proporcionado algún alivio á unos esclavos que parecen destinados á eternas cadenas por la ignorancia y la supersticion? Se necesitan luces, prudencia, virtud, para reformar una administracion viciosa; se necesita razon para conocer la verdadera libertad; se necesita valor, prevision, para establecerla sobre sólidos fundamentos; ¿puede ser de larga duracion la libertad que se adquiere por medio del desórden, la ambicion y la licencia?» (2).

Los filósofos van á dejar su puesto á los hombres de accion. Pero, cosa notable, los revolucionarios de 1789 se ven impulsados á la violencia contra su voluntad; la fuerza de los acontecimientos los arrastra. Un pacífico sabio fué sacado de su gabinete de estudio para presidir la Asamblea nacional en los dias gloriosos de 1789. Bailly inauguró la Revolucion, y sin embargo no tenía nada de revolucionario. En sus *Cartas sobre la Atlántida* dice: «No deseemos nunca revoluciones, y compadezcamos á nuestros padres por las que han sufrido. El bien en la naturaleza física y en la moral no baja del

(1) *La Política natural ó Discurso sobre los verdaderos principios de Gobierno*, por un antiguo magistrado. (Londres, 1773, t. II, p. 274-275.)

(2) D'HOLBACH, baron, *El Sistema social, ó Principios naturales de la moral y de la política*, 2.^a parte, c. III.

cielo sobre nosotros sino lentamente, poco á poco, pudiera decirse, gota á gota; todo lo que es súbito, instantáneo, todo lo que es revolucion, es un semillero de males. Los diluvios de agua, de fuego y de hombres, no inundan la tierra más que para desolarla» (1).

Hay entre los hombres de 1789 una figura satánica que parece haber sido organizada por la naturaleza para las tempestades. Mirabeau demolió el antiguo régimen; pero queria tambien reconstruir, y hubiera preferido, como Bailly, una revolucion pacífica. Se ha encontrado entre sus papeles una *Memoria sobre una asociacion intima que debe establecerse en el órden de los hermanos masones para volver á traerlo á sus verdaderos principios, y encaminarlo verdaderamente á la felicidad de la humanidad*. Es un proyecto análogo á los que hemos visto en Lessing y Herder (2). Mirabeau conviene en que «el despotismo es uno de los grandes azotes de la humanidad»; quiere que la *Sociedad de los hermanos* se proponga como objeto corregir el sistema presente de los gobiernos y de las legislaciones. Esto será una revolucion universal; pero ¿cómo se debe llevar á cabo? ¿Debe ser súbita como el rayo? No, responde Mirabeau; semejante empresa sería contraria á los estatutos de la órden, y hasta sería peligrosa para la humanidad. «Los ambiciosos se sirven de los momentos de disturbio para echar otra red, con frecuencia más apretada, para imponer otro yugo, con frecuencia más duro, á la especie humana, y para precipitar á los que no habian querido más que remediar los males presentes en el abismo opuesto.» Mirabeau cita el ejemplo de Cromwell, en que se habia apoyado ya el baron d'Holbach para rechazar la idea de una revolucion violenta (3). En otra parte escribe: «Trabajemos en la propagacion de los verdaderos principios, y la revolucion deseada se realizará precisamente de la manera que podemos ambicionar con *lentitud y tranquilidad*, pero con *seguridad*» (4).

(1) BAILLY, *Cartas sobre la Atlántida*, p. 22.

(2) Véase el tomo XII de mis *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*.

(3) MIRABEAU, *Memorias biográficas, literarias y políticas*, t. II, p. 208 y siguientes.

(4) IDEM, *Monarquía prusiana*, t. V, p. 102.

II.

Se ha preguntado muchas veces qué papel hubieran desempeñado en la Revolución los Voltaire, los Rousseau, los Diderot, los Mably, los d'Holbach. Dios les hizo el favor de retirarlos de este mundo ántes de que estallara la tempestad. Los que preparan las revoluciones no son los que las hacen; no las comprenderían siquiera si las presenciáran. Hay un filósofo, uno de los más apasionados, que tuvo la desgracia de sobrevivir al año de 1789. Raynal había deseado los estados generales, la vuelta á la libertad primitiva, á la justicia natural (1). Cuando vió de cerca, no los excesos de la Revolución, sino sus primeros movimientos, los buenos días de 1789 y de 1790, ya agitados por las tormentas, el anciano retrocedió aterrado. Entonces escribió aquella famosa carta á la Asamblea constituyente, que fué acogida con murmullos y risas de compasión (2). Escuchemos con más indulgencia al filósofo desengañado: «Me entristecen profundamente, lo confieso, los crímenes que cubren de luto á este imperio. ¿Será cierto que debo recordar con terror que yo soy uno de los que, animados de generosa indignación contra el poder arbitrario, han dado tal vez armas á la licencia? ¿Acaso la religión, las leyes, la autoridad real, el orden público, reclaman á la filosofía, á la razón, los vínculos que los unian con esta gran sociedad de la nación francesa, como si al atacar los abusos, al recordar los derechos de los pueblos y los deberes de los príncipes, hubieran nuestros criminales esfuerzos roto aquellos vínculos?»

La Asamblea nacional se componía en su mayor parte de libres pensadores, discípulos de Rousseau y de Voltaire: los discípulos pusieron manos á la obra; lo demolieron todo; pero con intención de reconstruir. Raynal les negó su aprobación. Las atrevidas concepciones de la filosofía, dice, no han sido presentadas nunca por nosotros como la medida rigurosa de los actos de la legislación.

(1) RAYNAL, *Historia filosófica del establecimiento de los europeos en la India*, t. II, p. 69.

(2) *Monitor* del 2 de Junio de 1791.

Es un error que nos atribuyais lo que no ha podido resultar más que de una falsa interpretación de nuestros principios. Y sin embargo, en este momento, próximo á entrar en la noche del sepulcro, próximo á separarme de esa familia inmensa cuya felicidad he deseado tan ardientemente, ¿qué veo alrededor de mí? Disturbios religiosos, disensiones civiles, consternación de unos, tiranía y audacia en otros, un gobierno esclavo de la tiranía popular, el santuario de las leyes rodeado de hombres desenfrenados, que quieren alternativamente dictarlas ó romperlas, soldados sin disciplina, jefes sin autoridad, ministros sin medios; un rey, el primero de su pueblo, sumido en la amargura, ultrajado, amenazado, despojado de toda autoridad, y el poder público concentrado únicamente en los clubs en donde hombres ignorantes y groseros se atreven á decidir todas las cuestiones políticas.»

¿De dónde procede esta oposición entre el maestro y los discípulos? Los constituyentes se asombraron é indignaron de verse acusados por un escritor cuya violencia había superado á todo lo que se dijo en la tribuna de la Asamblea nacional. Esto consiste en que para los filósofos, principalmente para Raynal, la filosofía no había sido más que una teoría; él mismo lo confiesa: «He meditado durante toda mi vida, dice, las ideas que acabais de aplicar á la regeneración del reino; las he meditado en un tiempo en que rechazadas por todas las instituciones sociales, por todos los intereses, por todas las preocupaciones, no presentaban más que el atractivo de un deseo consolador, *Entonces ningún motivo me llamaba á hacer aplicación de ellas, ni á calcular los efectos de los inconvenientes terribles inherentes á las facciones, cuando se las reviste de la fuerza que manda á los hombres y á las cosas, cuando hay que combinar la resistencia de las cosas y de las pasiones de los hombres.*» De modo que cuando Raynal empleaba un lenguaje de demagogo, cuando insultaba á los reyes, no pensaba que había de llegar un día en que la demagogía saldría á la calle, y en que el rey subiría al cadalso. En 1791 el abate demócrata se convirtió súbitamente á la monarquía. Dió una lección á los constituyentes: «Llamados á regenerar la Francia, debíais considerar primeramente lo que podíais conservar del antiguo orden, y además lo que no os era posible abandonar. La Francia era una monarquía; su exten-

sion, sus necesidades, sus costumbres, el espíritu nacional se oponen invenciblemente á que las formas republicanas puedan nunca tener cabida en ella, sin dar por resultado la disolucion total del imperio.»

¡Triste destino el de aquel anciano que reniega de la fe de toda su vida! ¡Felices los que mueren á tiempo! Es positivo que los grandes pensadores del siglo XVIII hubieran retrocedido horrorizados si hubieran presenciado los excesos de 1793. No los hagamos, pues, responsables de los crímenes que hubieran sido los primeros en maldecir. Es además una injusticia, más aún, una calumnia, imputarles la inmoralidad del siglo XVIII y de la Revolución. Según los escritores católicos, la filosofía de Voltaire y de Rousseau tiene su principio en la corrupcion del corazón. Bossuet en la oracion fúnebre de la princesa palatina compara *la intemperancia del espíritu con la intemperancia de los sentidos*. Dice que la intemperancia del espíritu no es ménos seductora; tiene, como la otra, placeres ocultos, y se irrita con la privacion. Más adelante exclama: «Siglo verdaderamente sutil, en el que se quiere pecar con razon, en el que tantas almas insensatas buscan su reposo en el naufragio de la fe, y no hacen esfuerzos contra sí mismas más que para vencer, no sus pasiones, sino los remordimientos de su conciencia!» Este es el texto que sirve de base á la acusacion que un historiador de la revolucion de 1789 dirige contra la filosofía (1). Pero el que haya hombres que busquen una excusa para sus extravíos en la negacion de las verdades religiosas y morales, ¿quiere decir que todo el movimiento filosófico del siglo pasado, así como la Revolución, proceden de un miserable cálculo del desórden que quiere aturdirse con una doctrina falsa?

Es muy cierto que la inmoralidad ostentaba en el siglo XVIII una falta de pudor que asombra y escandaliza á nuestra hipocresía. Pero los mismos que consignan el hecho, nos dan á conocer la razon de él. Condorcet dice, hablando de las sociedades de París, al final del reinado de Luis XIV: «Las sociedades más brillantes hacian gala de llevar la libertad y la aficion al placer hasta la licencia por aversion á la *severidad* de Versálles, cuya hipocre-

(1) NETTEMENT, *Nueva Historia de la Revolución de 1789*, t. 1, p. 8.

ta habia indignado á aquellos á quienes no habia podido corromper» (1). ¿No tiene razon el biógrafo de Voltaire al hablar de la *severidad hipócrita* que reinaba en la corte de Versálles bajo el reinado de madame de Maintenon? Escuchemos á los historiadores contemporáneos. Ellos nos dirán á quién se debe imputar la corrupcion.

Ante todo hay un hecho que merece reflexion. El siglo XVII es ensalzado por los escritores de la reaccion como el siglo católico por excelencia; lo oponen con orgullo al desbordamiento filosófico del siglo que acabó con la Revolución. Luego la disciplina severa de la Iglesia fué la que educó á los cortesanos que á fines del reinado de Luis XIV se lanzaron en la inmoralidad con una especie de ostentacion. Hé aquí unos discípulos que hacen poco favor á su maestro. Pero ¿es cierto que habia más moralidad en Versálles en la *severidad hipócrita* de la corte?

Luis XIV no fué nunca un *esprit fort*, lo cual no le impidió dar en su juventud el ejemplo de la inmoralidad más desenfrenada. Miétras el desórden de los príncipes es furtivo, no es más que la falta de un hombre, y el culpable mismo se avergüenza de ella, puesto que la oculta. Luis XIV hizo gala ante la nacion de sus criminales amores. Viósele en el ejército hacerse acompañar de dos queridas, madame de la Vallière y madame de Montespan, ambas en el mismo carruaje que la reina. Los pueblos acudian, dicen los historiadores, para ver á las *tres reinas* (2). ¡Considérese la funesta influencia que debió ejercer aquella ostentacion de galantería! El vicio se ennoblecia con la majestad del trono, dice Lemontey (3). Hay algo más inmoral todavía en la vejez devota del gran rey, cuando obligó á los príncipes de la sangre á casarse con sus hijas adulterinas; cuando, hollando el derecho y las costumbres, se atrevió á legitimar bastardos, frutos de un doble adulterio, y á darles los derechos de los príncipes de la sangre. Nunca se habia visto la conciencia pública insultada con tales ultrajes. Tal era la *severidad* de la corte. ¿Quién es más culpable, un rey

(1) CONDORCET, *Vida de Voltaire*.

(2) DUGLOS, *Memorias secretas* (en PETITOT, *coleccion de Memorias*, 2.ª serie t. LXXVI, p. 182).

(3) LEMONTEY, *Monarquía de Luis XIV*, p. 433.

que da la sancion de la ley á sus desórdenes, ó los hombres frívolos que protestan contra la devocion hipócrita de un príncipe adúltero por medio de la licencia de su lenguaje y de su conducta?

Después de esto, hacen mal los escritores de la reaccion en buscar las causas de la Revolucion en los excesos de la filosofía. Condenese la inmoralidad, donde quiera que se la encuentre, aunque sea en los libres pensadores; nosotros lo aplaudiremos de todo corazon. Pero no se cierren deliberadamente los ojos á la luz. ¿Quién ignora que la inmoralidad ha sido anterior á la filosofía? El regente no era un filósofo y Dubois era arzobispo y cardenal. La corrupcion data, pues, de la dominacion de la Iglesia y del poder real. Infectó á la filosofía, al ménos en el sentido de que los grandes escritores del siglo XVIII no tienen ese sentido exquisito de la pureza que tanto agrada en los hombres de genio. Falta saber quién es el verdadero culpable. Un filósofo ha predicho los excesos de la Revolucion en el siglo XVIII, ántes de que hubiese una literatura incrédula, en el año 1704. Escuchemos la voz grave de Leibnitz:

« Ciertas opiniones contrarias á la existencia de la Providencia y de la responsabilidad en la otra vida se van insinuando poco á poco en el espíritu de los hombres de mundo, que dirigen á los demas y de los cuales dependen los negocios; se infiltran en los libros á la moda, y lo disponen todo para la *revolucion general* de que está amenazada la Europa.... Si esta enfermedad sigue creciendo, la Providencia corregirá á los hombres por medio de la misma revolucion que se originará; porque, suceda lo que suceda, todo redundará en bien general, áun cuando esto no deba ni pueda suceder sin el castigo hasta de aquellos que han contribuido al bien con sus malas acciones » (1).

El optimismo de Leibnitz ensancha los horizontes del pasado y del porvenir, mucho más que la ciega reaccion del catolicismo contra la filosofía. La decrepitud de las antiguas creencias es la causa primera de la decadencia moral del siglo XVIII. ¿Por qué esta desmoralizacion se ha manifestado de preferencia en el reino

(1) LEIBNITZ, *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, lib. IV, capítulo XVI.

cristianisimo? Porque la Iglesia, por su inmovilidad, no deja paso al progreso. Por otra parte, hace consistir la religion en cosas exteriores; cuando esta fe desaparece, toda conviccion religiosa se arruina, y como la moralidad no tiene otro apoyo en las poblaciones católicas, la desmoralizacion acompaña á la ruina de las antiguas creencias. Pero en el mal mismo se encuentra el remedio. El siglo XVIII prepara una nueva era religiosa. Y la Revolucion tambien tiene una tendencia religiosa. Esta es la aurora del porvenir. Así lo haremos ver en el curso de nuestros estudios (1).

N.º 2. *Las dos escuelas.*

No tratamos de disculpar á los filósofos de toda responsabilidad en los errores de la Revolucion. Organos del libre pensamiento, han influido sobre los sucesos con el pensamiento. Esta influencia ¿ha sido completamente saludable, ó ha contribuido la filosofía á extraviar á la Francia de 1789 y 1793? Hemos dicho que hay en la Revolucion una doble tendencia. Hay una escuela que pide la libertad, y entiende como tal los derechos del hombre; pide tambien la soberanía del pueblo, pero es como garantía política y para asegurar mejor la libre actividad del individuo. Hay otra escuela que escribe tambien la libertad en su bandera; pero para ella la libertad consiste en ser soberano; la confunde fácilmente con la igualdad, y para conquistar la igualdad no retrocede ante el sacrificio de los derechos individuales á la nacion ó al Estado. Estas dos tendencias se encuentran tambien en la filosofía. La primera es la de Montesquieu, de Voltaire y de sus discípulos. La segunda procede principalmente de Rousseau y de Mably. Es positivo que la una es benéfica, al paso que la otra conduce casi fatalmente al despotismo. Es preciso, pues, decir que habia en la filosofía un gérmen funesto que, sin saberlo los libres pensadores, arrastró á la Revolucion al abismo en que se ha perdido.

Decimos que éste es el espíritu de la escuela de Rousseau, sin que tenga conciencia de ello. ¿Quién ha idolatrado la libertad co-

(1) Véase el tomo XIV de mis *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*.